

trofeos. No faltaba más sino que por rémoras de otros tiempos, por crímenes de otros días, nos halláramos hoy separados nosotros de los portugueses, nuestros hermanos, de los portugueses que viven hoy bajo un mismo cielo con nosotros, y que vivirán mañana con nosotros, bajo una misma bandera.

El Sr. Rios Rosas, por último, dijo que la autorización era contradictoria, porque se pedía para hacer economías y se aumentaban los gastos con el armamento de más ejército; se pedían para hacer economías por la tarde, y por la noche en las sesiones se oponía el ministerio con una grande tenacidad á que las economías se realizaran. Se pedía, pues, la dictadura por una ambición desenfrenada de poder, por una demencia, por un delirio de autoridad que tocaba en los confines del desvarío, del delirio. El régimen constitucional, amenazado en 1844, amenazado en 1851, amenazado en tantas y tantas ocasiones, después de haber sido con torrentes de sangre regado, se hallaba entonces bajo el filo de nuevas y más terribles amenazas. Sí, porque nunca hasta aquel día tuvo un gobierno audacia bastante para decir á un Parlamento: entrégame el poder de barrenar las leyes que hay en vigor, de negar los servicios que hay votados, de disponer á mi antojo de la fortuna pública, y de arreglar la deuda nacional. Este era el endiosamiento de un hombre en el período baltasaresco de la unión liberal.

Después de un discurso del Sr. Rios Rosas, no hay contraste como un discurso del señor Posada Herrera. La corrección, la frialdad, la gracia, el excepticismo, suceden á la incorrección, á la vehemencia, á la fuerza, á una especie de fé mahometana en los elementos conservadores y liberales. No conocemos, sin embargo, audacia que pueda compararse á la audacia del Sr. Posada Herrera. Cuando tenía entre sus manos las cuerdas de las cuales pendían tres ó cuatro periódicos ahorcados, que estaban materialmente en

una horrible agonía, se declaraba á sí mismo partidario del criterio de la libertad. Por el criterio de la libertad estaban sin duda los editores y los escritores en la cárcel; por el criterio de la libertad los periódicos cargados de multas crecidísimas; por el criterio de la libertad los hogares violados; por el criterio de la libertad varios buques hendiendo los mares para llevar infelices deportados á Filipinas; por el criterio de la libertad toda asociación prohibida.... ¿A qué hablar? Era ministro el Sr. Posada Herrera. Notamos, sin embargo, que su discurso principalmente se redujo á una defensa personal. Apenas habló cuatro palabras del ministerio, y cuatro palabras que podían llamarse como de pasada. Había en toda su peroración desmayo, en toda su persona desaliento. Se veía que pronunciaba aquel discurso por fuerza: tan débil fué su defensa.

Rectificó el Sr. Rios Rosas. Como quiera que el Sr. Posada Herrera formulara un voto de censura moral contra el presidente, éste le dijo á la mayoría si podría asociarse á tal voto, si podría reconocer la justicia de tal voto, y la mayoría calló. Si la mayoría no dá un voto de censura al Sr. Rios Rosas se lo dá al Sr. Posada Herrera. El proyecto monstruoso tuvo en contra noventa y seis votos. La oposición sube como la espuma; concluyó con la votación de ayer el Congreso. Demostró que en circunstancias graves vale más el criterio de siete hombres que el criterio del Parlamento. Un orador le dirigía al Sr. Rios Rosas la siguiente advertencia: «Permítanos el Sr. Rios Rosas que antes de concluir le demos un consejo. No se meta nunca á flores diplomáticos. Ame, aborrezca como sabe amar y aborrecer. No quiera ser diplomático. Si siguiera nuestros consejos se reduciría á ser lo que debe ser el Sr. Rios Rosas, un tribuno del pueblo, un agitador, un revolucionario. Quede adorando sus viejos ídolos doctrinarios, y pronto se le apagará la idea en la mente, la elocuencia en los labios, porque la

tempestad es su atmósfera y agitar es su destino.»

De esta manera describía un testigo ocular el espectáculo de aquellos días:

«Aunque quisiéramos, no podríamos apartar la vista del horrible cuadro que ofrece el país amenazado por la calamidad de una dictadura imbecil. Todas las noticias que recibimos, todos los síntomas que notamos, son de una profunda, de una terrible alarma en la opinión pública. Los unos temen el secreto encerrado en esa parodia ridícula del 2 de Diciembre. Los otros lloran su fortuna en ruinas. Todos recelan que los impuestos han de subir á una cifra tal, que casi habrá necesidad de abandonar un país oprimido por toda suerte de trabas; un país paralítico, un país esterilizado por el fisco, un país preso, al fin de sus violentas revoluciones y de sus guerras épicas, en la ergástula de una horrible dictadura. La guardia negra se apercibe á escoltar á O'Donnell y á servirle, aunque quiera vender por esclavos á todos los españoles. Si el Senado pudiera ofrecer algunos inconvenientes, se obviarán, nombrando nuevos senadores hasta que no quepan en aquel estrecho recinto. La prensa está ya aherrojada con la argolla de la nueva ley al cuello. La prensa no puede hablar. ¡Los pueblos! Se fia en que los pueblos no han de comprender lo que son emisiones de papel, ni pago de cupones; no han de comprender que esto puede costarles mucho más caro que el empréstito de Barzanallana, por ejemplo. Y si por acaso quisieran alguna vez revolverse en el potro de su tormento y expresar su dolor, para eso se tienen ahí trescientos mil hombres. La vergüenza enciende nuestro rostro. No sabemos cuál será la suerte de esta pobre España. ¡Cuán vergonzosa y cuán cara es la esclavitud.»

«La situación no puede ser más grave. El gobierno se ha empeñado en la más imposible de las empresas. Quiere gobernar con una dictadura, la más viciosa de cuantas re-

cuerta la historia, y el país no ha de consentirlo. La actitud de la prensa, que desde los periódicos confinantes con la sociedad antigua hasta los periódicos que predicán el ideal de lo porvenir, rechazan á una el absolutismo que quiere ejercer un general célebre por sus variaciones y por sus inconsecuencias; la actitud del Parlamento, que en las dos Cámaras se ha mostrado igualmente receloso del gobierno, dicen que éste no puede, no debe continuar al frente de una nación que, ya mayor de edad, para lo cual presenta el bautismo de las dos guerras más heroicas que hay en nuestro siglo, se gobierna á sí misma sin consentir que le usurpen sus derechos ridículos pigmeos.»

«Dos grandes razones hay para no consentir lo que el señor general O'Donnell demanda. Primera, una razón de dignidad; segunda, una razón económica. La razón de dignidad es que no puede el país consentir la suspensión de los derechos anejos al Parlamento sin más motivos que el deseo de tratar y negociar con unos cuantos mercaderes ingleses. Casualmente, si en algún punto los derechos del Parlamento son inalienables, si en alguno, es en aquel que tiene por objeto intervenir en la gestión de la fortuna pública. No se le puede imponer, no se le debe imponer á un país sacrificios constantes, gravámenes onerosísimos, sin oírle y sin someterse á su voto. Desde el momento en que el gobierno recoge en sus manos la facultad de contratar empréstitos ó de satisfacer deudas sin anuencia de las Cortes, el régimen parlamentario sucumbe, y se desvanece como una nube de humo la sangre de tres generaciones. Si esa abdicación de los derechos del Parlamento, de lo más fundamental que hay en nuestro Código político, se pide para arrojar el gran país de Occidente á la puerta de la Bolsa de Londres, como una mujer perdida que pide el precio de su prostitución, es preciso resistirse á tal suicidio, de aquellos que

los pueblos como los individuos aman más, de su honra.»

«El Senado español, compuesto de elementos conservadores, acaba de mostrar en una votación solemne, que nuestra idea es su idea, que nuestros temores son sus temores. Capitalistas, banqueros, aristócratas de la propiedad, convienen con nosotros, pobres y oscuros demócratas, en la necesidad de negar al gobierno la escandalosa dictadura que demanda con tan repetidas instancias. La votación secreta del Senado español es todo un buen augurio, porque es creíble, muy creíble, que cuando la discusión pública se empeñe, cuando las grandes votaciones vengan, se encuentre el gobierno con un extraordinario número de senadores enfrente. Y cuando el Senado español le haya dicho al gobierno que es incapaz de resolver los conflictos económicos, de continuar en la gestión de la política, el gobierno de la unión liberal tendrá que retirarse bajo el peso de la universal maldición de España.»

«Ya sabemos que en su insensata soberbia, ciego de ira y de despecho, el general O'Donnell ya acaricia la funesta idea de apoderarse de una dictadura que no le conceden las Cortes. Sabemos, por lo menos, que si él no lo piensa, si él no lo cree, sus contertulios más íntimos, sus consejeros áulicos, le instan para que no pida, para que tome la dictadura. Después de todo, era lo más sencillo, lo más fácil, lo más político. Pero esa mezcla de debilidad y de altanería, esa confusión de lo legal y de lo arbitrario, ese respeto mentido, hipócrita á un poder á quien se le pide un suicidio, es de lo más anómalo que recuerda la historia, de lo más híbrido, y por consecuencia de lo más infecundo que tiene la política. Ciertamente es que el general O'Donnell sale completamente perdido de esta adversa campaña. Los elementos revolucionarios se han convencido una vez más de que todas sus concesiones á la opinión son hijas del miedo ó de la sed de mando, con-

cesiones escritas con una mano y borradas por la otra, de la misma suerte que el viento borra lo que se escribe en la arena. Los elementos conservadores saben que el general O'Donnell, no dirige, ni ordena, ni manda, ni gobierna, ni tiene más aptitud que la de derrochar la fortuna pública en un presupuesto de favoritismo y de nepotismo, y luego querer cubrir esa ruina con la humillación y la deshonra de la patria.»

«Y sin ideal, sin creencias, sin criterio fijo seguro, adorador de todas las ideas, veleta que gira á todos los vientos, su política era la inmunda política de los goceos materiales. Importábase poco que la deuda se aumentara y el presupuesto, que el país se perdiera, que la desamortización se disipara, que todo el movimiento económico moderno se perdiera, con tal de tener un pedazo de pan que repartir entre sus famélicos adeptos. El lazo de unión de todas esas gentes sin creencias, sin respeto á los compromisos, sin fe ninguna en las ideas, es el presupuesto. Y desde el momento en que el presupuesto se resiente, la unión liberal, que es un inmenso polipo, cuyo único órgano es el estómago, se resiente también. Y quiere que para continuar su reinado, para explotar al país, saltemos los demás por todo, le apoyemos para que cobre los insostenibles tributos, le autoricemos para que emita papel, le consintamos que se arrastre á los pies de los mercachifles de Londres, y le digamos que debe pagar deudas más deshonrosas, más infucas, más infundadas que la célebre de 1823.»

«Suicidarse un país para que viva un gobierno; arruinarse el comercio, la industria, para que triunfen cuatro ó cinco señores feudales del presupuesto; entregar nuestra honra, esa honra por la cual hemos hecho tantos sacrificios, á cuatro mercaderes, á cuatro negociantes, á cuatro usureros de Londres. No temimos á Napoleón, le desafiamos á pesar de su inmenso poder y de su inmenso orgullo, y habíamos de temer á los

tenedores de cupones ingleses? Y cuando luchamos con Napoleón teníamos abiertas las Cortes, coronado el pueblo con su soberanía, vivas, pujantes todas las libertades, y escribíamos una Constitución esencialmente democrática, con Cámara única y sufragio universal, destinada á recorrer el mundo entre las bendiciones de los pueblos y el odio de los déspotas; y ahora, ahora que solo vamos á luchar con los tenedores de los cupones ingleses, con unos miserables negociantes sin más ejército que sus pinches de cocina, ó sus cobradores y dependientes, ahora pedimos que las garantías constitucionales se suspendan, que los derechos del Parlamento se conculquen, que de un salto atrás caigamos en los miserables tiempos del absolutismo. No, no puede ser, no será, mientras haya una prensa á la que le quede un resto de aliento. No; no será mientras la última sombra del Parlamento español vague sobre las ruinas de la tribuna, sobre la corrupción de los comicios. No será mientras quede un solo español en esta tierra del valor y de la independencia.»

«Enemigos somos del Senado, enemigos de una institución aristocrática, imposible en nuestro carácter democrático, inútil en el organismo de nuestras instituciones constitucionales; pero si ahora se inspira en la opinión, si oye el voto de los pueblos, si rechaza una dictadura ignominiosa, al mismo tiempo que demostrará ser el más conservador de todos los poderes, merecerá bien de la historia, bien de la patria.»

Se leyó en el Senado el dictamen de la minoría de la comisión del proyecto de dictadura. Redactado por los hombres más conservadores de la Cámara vitalicia, el dictamen fué la censura más grave que podía hacerse del vicarvarismo y de sus desatentadas pretensiones. El Sr. Bravo Murillo, autor de este documento, se desentendía de la cuestión política, y fijándose solamente en el estado de la Hacienda, juzgaba, y con razón, que estába-

mos en vísperas de una bancarrota. Ninguno más autorizado que el Sr. Bravo Murillo para hablar de los cupones y de las amortizables; ninguno con más títulos para tratar de este asunto que el que arregló nuestra deuda, el autor de la ley de 1851; pues bien, léanse sus frases:

«El abono á los poseedores de los célebres *certificados de cupones* de una parte del importe de estos, y la elevación de la suma que anualmente se destina á la amortización de las deudas amortizables serían caprichosas concesiones que ni la justicia permite, ni la conveniencia reclama, ni consiente el decoro.»

Declábase ahora cuanto se quiera contra la oposición liberal; preséntenos como anarquistas y enemigos de todo gobierno; nosotros los liberales quedábamos tranquilos al ver que los hombres más conservadores, los más reaccionarios, se permitían acerca de varios extremos de la autorización calificativos que jamás hubiéramos estampado nosotros.

No eran menos importantes las observaciones que la minoría de la comisión hacía con motivo de la emisión de treses y la autorización para aumentar de una manera ilimitada el ejército y la marina; si la emisión de títulos consumaría nuestro descrédito, el aumento de la fuerza armada del modo vago que se demandaba, suponía la nulidad de la Constitución. Las Cortes no tienen otro medio de limitar las facultades del poder ejecutivo que examinar y negar ó conceder los recursos pecuniarios; despojarse de estos derechos, renunciar á estas sagradas atribuciones, es tanto como abdicar y contribuir á la muerte del sistema parlamentario.

Estas deducciones no tendrían fuerza en nuestros labios, pero la adquirieron inmensa, inconmensurable en boca del Sr. Bravo Murillo, del reformista del año 51. Con este criterio, la unión liberal estaba juzgada, si no la conociéramos por sus actos. Rechazados por los liberales y abandonados de los conserva-

dores, los hombres del poder veían verificarse á su alrededor el vacío. Posible era aun que alcanzasen mayoría en el Senado; pero contra esa mayoría, contra ese voto, estaba el voto de la gente sensata del país, que veía sucumbir el crédito, alzarse la inmoralidad y aproximarse la bancarrota y la ruina general.

«Compare, decíale la union, sus antiguos tiempos con la época presente, y aprecie su actual situacion; el consolidado no se cotiza ya al 54, sino al 32; la Caja de Depósitos no facilita capitales, sino que retira por término medio un millon diario; los billetes del Banco no se cambian á la par, sino con una pérdida de 7 por 100; los partidos liberales le hacen la guerra, y los conservadores le prueban con razonamientos irrecusables que les exceden en instintos reaccionarios.»

Conforme se iba acercando el verano de 1866, se iba muriendo la union liberal. A su sistema de aplacar la inminente revolucion democrática con grandes concesiones habia sustituido el sistema de superarla con grande resistencia. Para el primer sistema, para su práctica sincera si no tenia medios, tenia autoridad; para el segundo sistema no tenia ni autoridad ni medios. Así podia exclamar con razon un escritor muy leido por aquellos supremos dias:

«La union liberal agoniza, la union liberal se muere. Todos los vicios que atribuía al ministerio del general Narvaez, todos los ha contraído. Todos los escándalos de las administraciones moderadas los ha duplicado en su funesta administracion. No se recuerda una falta; una caida, un error del ministerio moderado que no se haya repetido por el ministerio vicalvarista. Los moderados persiguieron la prensa, y los vicalvaristas la han perseguido más. Los moderados violaron el hogar doméstico, y los vicalvaristas lo han violado más veces. Los moderados rompieron las leyes á favor de los obispos en la cuestion de la Enciclica, y los vicalvaristas la han roto

tambien en la cuestion de las representaciones. Los moderados se olvidaron de las incompatibilidades, los vicalvaristas tambien. Los moderados quebrantaron las disposiciones de la ley de empleados; los vicalvaristas tambien, segun nos han dicho sus mismos representantes en la prensa. Los moderados mataron la Hacienda, y los vicalvaristas la han enterrado. Los moderados destruyeron el derecho de asociacion, y los vicalvaristas han elevado esa ruina á fórmula general en sus leyes. Los moderados y los vicalvaristas, por consiguiente, son los mismos, con la misma política, con los mismos errores, con los mismos escándalos.»

«El país los sufre y los paga; pero al sufrirlos se pervierte, al pagarlos se arruina. En el fondo de todas las situaciones, en el seno de todos los ministerios, queda siempre, siempre, como un fondo oscuro, la reaccion, esa reaccion que nos mata. Pasan y pasan los ministerios, se cambian los hombres y la reaccion no pasa, y la política queda siempre la misma, siempre una en su esencia, con todo su horror.»

¿Por qué sucede esto? Sucede porque no consiste el remedio á los males políticos, en que suba este ó baje el otro; consiste el remedio en la reforma enérgica, radical, de las leyes que tienen como aherrojada y envilecida á esta pobre España. Nuestra política sigue siempre un círculo vicioso; de Narvaez á O'Donnell, de O'Donnell á Miraflores, de Miraflores otra vez á Narvaez, de Narvaez otra vez á O'Donnell. Así la atmósfera no se renueva. Así la vida política está como estancada y corrompida, y exhala fétidos miasmas.

El estado económico del país no podia ser más grave. Desde los tiempos de la guerra civil no se habia dado un Tesoro más exhausto, ni un hambre mayor en el desdichado pueblo. Los errores de tantos y tantos dias habian venido á condensarse en aquellos momentos, y á formar una nube sobre el gobierno. La queja era general. Los tenedores de

cupones de la deuda en provincias especialmente no habian cobrado el semestre de Enero. La desproporcion entre los ingresos, crecia á medida que se arruinaba la industria, que se esterilizaba la agricultura. De muchos de nuestros principales centros de poblacion emigraban los habitantes por no tener trabajo, por no encontrar medios de subsistencia. Y es sin duda que al error político, á la tiranía administrativa, á la centralizacion ha de acompañar precisa, indeclinablemente el error económico, la ruina del crédito, la ruina de la Hacienda. Y es que en todo tiempo la arbitrariedad arriba ha traído el desorden abajo, y el desorden ha engendrado lo que no podia ménos, la ruina de los gobiernos. La monarquía absoluta se perdió por sus despilfarros. Cuando los bárbaros vinieron á enterrar el imperio romano, ya el imperio romano estaba estenuado, muerto de hambre. La arbitrariedad traía estas crisis económicas. ¡Pobre España!

Estábamos cogiendo la cosecha de la larga siembra de nuestros errores, cogiéndola en lamentables desgracias. Al excecicismo, á la indiferencia, al afán de dejarlo todo á la casualidad, al empeño de sostener los antiguos errores en que nos hemos podrido, habia seguido como una consecuencia inevitable, este diluvio de males en que nos ahogábamos. La union liberal que debia haber sido un partido capaz de comprender y realizar la reforma si hubiera estado á la altura del ideal de nuestro siglo, y hubiera querido ser verdaderamente conservadora, habia pasado á convertirse en uno de tantos matices del neocatolicismo que como un mal perpétuo se hallaba apoderado del espíritu de nuestra patria.

Entristecia verdaderamente nuestro estado. No teníamos religion porque la indiferencia la habia helado en las regiones superiores de la sociedad, y el fanatismo la habia ahogado abajo.

En la cárcel de la intolerancia no hay, no puede haber la grande expansion del alma, la

grande efusion del corazon que se llama idea y sentimiento religioso, y que solo puede vivir de la libertad. No hay ciencia porque la ciencia necesita de la controversia y no puede haber controversia donde no hay libertad. ¡Si al ménos hubiera existido la riqueza para encubrir un poco con su brillo la ausencia del alma! Pero la riqueza habia huido de nuestro suelo despedida por los despilfarros del poder y por el desorden perpétuo de nuestros presupuestos. Si la muerte de las naciones pudiera ser tan fácil como la muerte de los individuos creeríamos que iba á morir entonces nuestra patria.

Los más moderados se preguntaban qué contradiccion habia entre el temperamento del general O'Donnell y la libertad. No parecia sino que la nacion era algun patrimonio suyo. No parecia sino que llevaba alguna marca divina en la frente, para creerse con el derecho de regirnos á todos. No parecia sino que esa sangre bullidora é inquieta de los Tironells de Irlanda, aquellos jefes de Clanes que comían carne cruda, y tenían por todo cetro un cayado, aquellos reyes de quienes se gloriaba descender el duque de Teutuan, ponían en sus venas espíritu feudal.

Fiel á esta sangre feudal, el general O'Donnell para arreglar unas cuentas apelaba nada ménos que á una dictadura. El dia que no hubiera necesidad de consultar á las Córtes, ¿tendria por eso más dinero? No se discutian los asuntos económicos en el Congreso, y sin embargo, se necesitaban veinte millones para pagar los vencimientos de la Caja de Depósitos, y habia que rebajarse hasta pedirselos al Banco, ofreciéndole por lo tanto limitar el cambio de los billetes, con lo cual todo el mundo padecia, para que el gobierno saliese de apuros. El dia en que el gobierno ejerciera su dictadura, ¿encontraria dinero para la emision de sus cuatro mil millones de treses?

El gobierno á su vez anunciaba próximas y terribles catástrofes. Negábanlas á una, ne-